Ocho poemas

Carlos Skliar

#colecciónfanzines


qeja®

Ocho poemas

Carlos Skliar
Ocho poemas / Carlos, Skliar. 1ª ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Leticia Griselda Martin, 2020
10 páginas

Qeja ediciones
Acuña de Figueroa 156 PB B
(1180) Buenos Aires
Tel: 054 11 58676451
mail: contacto@qejaediciones.com
Facebook: QejaEdiciones
Twitter: @qejaediciones
Web: www.qejaediciones.com

Idea y dirección: Nazareno Petrone, Leticia Martin, Gerardo Montoya
Edición: Mavi Massaro
Fotografía de cubierta: Juana Ferroni
Diseño de cubierta: Juana Ferroni
Diseño de interiores: Mavi Massaro
Diseño web: Gerardo Montoya

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723 / Derechos reservados. Prohibida su reproducción parcial o total. Hecho en Argentina.

Ocho poemas

Carlos Skliar

1.
Escuchar: eso es el mar, también.
Escuchar a los otros: el mar revuelto.
Escuchar a los otros que, creemos, se nos parecen tanto: lo imposible
de las aguas quietas, de las aguas calmas.
Escuchar, de verdad: la pérdida irremediable de la jactancia.
No somos el centro del universo
porque nos asiste la duda ancestral de la soledad.

Si ya nos sentimos solos en el umbral de una puerta cerrada
cuando la noche brama, o delante de una pequeña sombra
que no es la nuestra:
¿cómo no sentirnos aún más solitarios
al mirar una calle y no ver a nadie, en una ciudad
atravesada por la neblina, en un país
que aún está habitado por desaparecidos, en una tierra
de humaredas, en un mundo inasible
en un universo casi impronunciable?
Todo lo que la soledad calla y clama es el contacto.
El leve roce de cualquier desconocido.

2.
El fuego que destruye y que, en su destrucción, ilumina.
Un fuego que quema y desprende una humareda
de ausencias y unas cenizas que esparcirán
todo aquello que creíamos ser y no somos
todo lo que pensábamos importante y no pasa de ser fútil y superfluo
todo lo que creíamos inútil, pequeño, harapiento
y que acaba por darle sentido y belleza a la vida.

La diferencia entre el fuego frente al mar y el fuego de la inquisición.
La diferencia entre el fuego abrasador y el fuego arrasador.
La diferencia entre arder con la lectura y quemar los libros.
La diferencia entre morir sin piedad y amar sin remedio.

3.
No sé quién guarda las historias que nunca se cuentan.
No sé desde cuándo una sombra nos sigue ni cuándo nos deja ir.
No sé qué es la lluvia cuando aún no ha caído, ni el rastro de un pájaro
cuando aún no abrió las alas.
No sé de qué está hecha la belleza, a no ser de fe, ceguera y fuego.

Dudo siempre de qué lado de una pesadilla me encuentro, así como jamás sé
si tuve un sueño o fui soñado antes.
Carezco de nociones sobre el amor cuando amo y menos
sobre la vida en ese instante en que todo está
demasiado calmo.
No logro imaginar el devenir del tiempo, porque no hay sonido o hueso
o sangre que logre detenerlo.
Desconozco qué seguirá a la voz que me llama
al cuerpo que viene, al ardor que me abraza.
Todo lo que sé de mí proviene de cada una de mis ignorancias.

4.
El deseo más antiguo de lo humano: reír y llorar a la vez, sin estridencias
al mismo tiempo.
Un gesto hondo en un rostro múltiple.
Y el fuego se enciende, sin cenizas, aunque todavía
nos falten cientos de árboles.
Dicen los olvidadizos que la memoria es incolora
blanca, retorcida.
Digamos, entonces, que habrá que recordar de otra manera.

Los desaparecidos son abuelas.
Los desaparecidos son nietos.
Ángeles que suben desde la tierra viva y muerta.
O desde el cielo infecto, desde el que fueron arrojados.
O del hierro aprisionado, en el que parieron.
O de la rebelión de la mirada.
Y devuelven el nombre sustraído, el nombre más amado.
La pronunciación de la vida, del tiempo, las pasiones.
La ilusión más presente de lo humano.
Volver a ser aquello que hubiéramos sido
si no nos hubiesen asesinado antes.

5.
Escribo para pronunciar esas palabras que son
despojos de la sangre fría.
Para no mirar con ojos de águila sino de esfera.
Para inventar lo que acaba de descubrirme desnudo.
Para espantar al dolor sin confrontarlo.
Escribo para anochecer de día y para madrugar en la tarde.
Escribo pisando arenas movedizas
y nubes a la deriva.

Escribo para confesar lo inoportuno.
Para darle lentitud a la quimera.
Para hablar con las almas en tumbas, con cada lirio
con los vagabundos y sus perros.
Escribo para imaginar lo que aún no he sido.
Para escapar de mí y
pocas veces
reencontrarme.

Escribo para amar lo insoportable.

6.
Vi una maleta
en el desván, donde las fotografías
conversaban de otros tiempos.
Y una pintura
sin firma
de un rostro azorado, inerme en el presente.
Parecía mover sus labios en señal de protesta o
de infinito silencio.
Bajé las escaleras torpemente
como si descendiera de una montaña inclinada hacia el lago.
De dos en dos piedras
o de tres en tres flores silvestres.
Hasta que alcancé el ras del suelo.
La tabla levantada que indicaba la vejez
de la casa de los ancestros
alegre
porque toda maleta
daba señales de viaje, de puerta abierta, de travesía.
Y miré hacia los rostros cercanos
para saber si debía preparar mi pequeño maletín.
Con los trompos, las cintas para el pelo, el cuaderno.
La última lectura que no acababa nunca
incluso la ropa de cama,
o al menos un par de muñecas.
Sin embargo no había gestos de viaje, no en el sentido
que yo pensaba.
Había una partida, sí
la de la abuela.
Y la maleta eran sus pocas pertenencias, las ropas agónicas
deshilachadas.

Un sombrero de fieltro verde.
El mantel, el portaretrato del abuelo.
Todo lo que algún día estuvo vivo
y ahora solo eran cenizas, polvo, ausencia.

7.
Qué curioso:
mi voz se ha hecho más grave
y no por ello más profunda.
Antes, cuando el cuerpo era
del color rojo del fuego
y nunca demasiado tarde,
solía entretener con las palabras.

Ahora nadie ríe alrededor.
Callan y mascullan sonidos que no comprendo.
Parecemos rostros tallados
por el hielo de la noche
y manos tiesas que confunden caricia con destierro.

Una conclusión precaria:
es imposible regresar a la niñez
pero
quizá sea posible
crecer hacia la infancia.

8.
Ya no se trata de mirar:
hay que quebrar el presidio del espacio.

No es cuestión de escuchar:
hay que disputarle el sonido al sentido.

Ni siquiera habría que tocar, acariciar o rozar:
hay que dañarse las manos.

Y es que ya no tenemos tiempo.
Tenemos piel.

Por suerte.



Bajá los libros libres que quieras
en www.qejaediciones.com/gratisllameya

Este fanzine se terminó de diseñar en
Buenos Aires, Argentina, durante el mes de
diciembre de 2020.